

LA ORACIÓN

3

“Es más lo que confunde que lo que divierte”

La oración no es...

La oración está de moda. Es sumamente popular. La religión está de moda. Las librerías religiosas están haciendo un negocio de cuatro mil millones de dólares anuales. Los sentimientos están de moda. Lo místico está de moda. Se están llevando a cabo seminarios y talleres de oración. Son miles los que asisten a las cruzadas de oración. La gente está siendo bombardeada hoy día, con la promoción en el sentido de que “usted puede tener lo que quiera, por medio de la oración”. ¿Deberíamos regocijarnos por este fervor religioso? No necesariamente.

Recuerde, Dios provee... Satanás solo da lo que es falso. Los fanáticos de la religión hablan acerca de Dios, pero no del Dios bíblico. Son muchos los que hoy tienen una fe supersticiosa, no una fe bíblica. Los hombres explotan la oración pero no tienen una oración bíblica. Son varios los problemas obvios que deben ser tratados.

La oración no es magia. No tiene poderes místicos. La oración no es un atajo. No debe abusarse del privilegio de orar. De entre todas las cosas, la oración es una de las que no debe ser reducida a lo satánico. La oración no es egoísmo, ni arrogancia. El conectar la prosperidad con la oración ¡es peligroso! El prometer riquezas con la oración es presuntuoso. El reducir a Dios a un “empleado que hace mandados” es herejía.

La oración no es una vía para evadir la acción. La oración no es un sustituto del pensamiento. La oración no es para reemplazar las obras. Hay un tiempo para orar. ¡También hay un tiempo para dejar de orar y actuar! Son muchos los que van a retiros de oración y regresan sintiéndose bien acerca de ello ¡sin hacer nada al respecto! La oración no es

nunca un bálsamo para una conciencia culpable. Hay obras que sólo Dios puede hacer. ¡Hay obras que solo yo debo hacer!

Puede que la oración no nos haga sentir bien. Los millones de libros sobre la oración que nos inundan, testifican acerca de “experiencias cumbre en la oración”. Esto puede que venda libros, pero no es bíblico. La gente de la Biblia “caía de rodillas” o “se postraba de cara al suelo”. ¡No tenían “experiencias cumbre” allí! Jesús, cuando estaba en agonía de muerte, ¡sudó gotas como de sangre estando en oración! No tuvo ninguna “experiencia cumbre” allí. ¡La oración y el “sentirse bien” no se combinan! La oración es sacrificio... la oración puede terminar en sufrimiento.

La oración no debería hacer que uno se sienta “religiosamente superior”. Los pietistas santurrones, en lugar de dedicarse al pensar, al debatir o al ser honestos, sencillamente se la pasan rebajando a los demás al decir: “¡Oré sobre eso!”. Tal respuesta significa que los que estén en desacuerdo con ellos ¡están peleando contra Dios! El jactarse de orar ¡es como el estar orgulloso de la humildad! Jesús señaló como hipócritas, a las personas que se esconden detrás de sus oraciones (Mateo 6.1–18). La oración lo vuelve a uno humilde. Entre más ora uno, es más lo que uno sabe que necesita orar.

La oración puede ser usada para manipular. Los predicadores de la televisión ¡lo hacen diariamente! Piden su dinero, luego lo apenan con la oración. La única cosa que, alguna vez, le pedí a alguna congregación que hiciera por mí, fue que orara por mí. ¡Tenga cuidado! En el vender programas, o el convencer a otros, siempre es tentador, y está muy a mano para los líderes de la iglesia, el esconderse detrás de la oración. “El orar por algo” no es sustituto de la autoridad o el pensamiento bíblicos. Tenga cuidado de gente que se le acerca con la actitud de “más santo que tú”. Tenga cuidado de hermanos que controlan iglesias por la vía de la oración. La oración bíblica no manipula ni a Dios,

ni al hombre. La manipulación es siempre errónea —especialmente cuando se esconde detrás de la oración. Ore... ore a Dios.

Los problemas de la oración

Mateo 20.20–28

¿Podrán hacer daño a otras nuestras oraciones? ¿Podrán nuestras oraciones causar problemas adicionales o hacer que las cosas empeoren? ¿Seamos realistas! ¡Muchas oraciones no son contestadas de la forma que se pidieron! ¿Por qué no produjo algodón el campo del hermano Jones? Hay gente que ora para que brille el sol, y sin embargo llueve. Hay hermanos que oran para vivir, y mueren. Jesús y Pablo oraron tres veces respecto a cuestiones específicas, tan sólo para que se les negaran. Piense un poco más. ¿Por qué continuar orando si uno no consigue lo que quiere? Esta es la pregunta que se hace la gente egoísta, que desea bendiciones ¡a cambio de oraciones! Hay otros a quienes —creyéndose humildes— les apena orar para tener bendiciones para sí mismos. Esta es la paradoja de la oración, el misterio profundo de la oración.

¿Qué hemos aprendido? El poder no se encuentra en la oración, sino ¡en Dios! Dios es un Dios que escucha oraciones y contesta oraciones. La oración es poderosa porque Dios escucha y obra. Esto fue lo que un antiguo y sabio amigo dijo: “Cuando buscas a Dios, obtienes guía; cuando buscas guía sin Dios, no obtienes nada”. El creer que la oración cambia a Dios, puede engendrar ideas indignas acerca de Dios, el hombre y la oración. ¡La mente del hombre no es superior a la de Dios! ¡El estar involucrado en una decisión celestial es abrumador, humillante, sobrecogedor! ¡Démonos cuenta de ello! Son profundos los problemas teológicos, lógicos y prácticos que se dan en torno a la oración. El comprender la oración equivale a comprender a Dios. No hay nada que sea simple acerca de la oración ¡a pesar de lo simple que ella es!

¡Toma tiempo entrar a la presencia de Dios! Toma tiempo estudiar la Biblia; toma tiempo adorar; toma tiempo ser santo; toma tiempo orar. La oración es solamente para el desvalido, el humilde. En la oración hablamos a Jehová Dios, al Creador del universo. ¿Qué le diría uno a un rey, a una celebridad, a un héroe de renombre? ¿Qué le diría

uno al todopoderoso Dios? Tal conocimiento es demasiado maravilloso para mí. Yo hablo, ¡y Dios escucha! ¡Asombroso! Dios no sólo *permite* que suceda, sino que ¡lo *ordena*!

EL HOMBRE NO SABE CÓMO ORAR

No sabemos cómo orar. ¿Cómo lo sé? ¡Es la Biblia la que me lo dice! “... pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos...” (Romanos 8.26). Léase Mateo 20.20–28 cuidadosamente. Jacobo y Juan “se tenían un mal caso acerca de cosas que querían”. Ellos tramaban, y conspiraban. ¡Incluso, convencieron a su complaciente madre, para que hiciera lo que ellos querían! ¡Era infantil; era doctrinalmente imposible; era erróneo; podía herir la sensibilidad de otros!

Esta es una verdad de la vida: los hombres están constantemente “ridiculizándose a sí mismos” cuando comentan sobre política, sobre los grandes negocios e incluso, sobre asuntos de la iglesia. ¿Cuándo lo aprenderemos? Es tan poco lo que sabe el hombre —¡ni siquiera lo que cabe en un dedal! Las cartas al editor de un periódico son más entretenidas que las tiras cómicas. El hombre no sabe, y no puede saber. Job tuvo que aprender esta verdad por la vía difícil. ¡Él creyó que podía disputar con Dios! Se llenó la boca de argumentos. ¡Luego Dios vino! Dios hizo las preguntas. Job no pudo responder ni siquiera una de las preguntas más básicas que Dios le hizo, acerca de la vida. Job se arrepintió (Job 40.3–5; 42.1–6). Job aprendió bien su lección. Dios es Dios y el hombre es el hombre.

No obstante, Dios involucra al hombre en su obra. ¡Muchos creen que el cielo va a ser un eterno cuestionar en el que Dios va a estar respondiendo a las preguntas! ¡No apueste a ello! Esto fue lo que alguien dijo: “Tenía mil preguntas que hacerle a Dios —¡hasta que lo conocí!” El hallar a Dios, y lo que él quiere, es más importante que lo que queremos nosotros. Jacobo y Juan tuvieron que aprender que la oración no debe reducirse a peticiones infantiles. La familia no debe aprovecharse de la oración con sus privilegios. Incluso los santos no deben tratar de manipular a Dios. Dios quiere escuchar y contestar nuestras oraciones. En la oración lo que debemos querer es *conocer* a Dios, ¡no es *usarlo*! No podemos tener acceso al poder de Dios sin tener a Dios. Esta es la cuestión.

El saber por qué algunas oraciones son contestadas afirmativamente, y otras negativamente, es tener la mente de Dios (omnisciencia). Las cosas secretas pertenecen a Dios (Deuteronomio 29.29). Los cielos son todavía más altos que la tierra. Dios es el creador; nosotros somos su creación. El

comprender la oración es ser Dios. Además, si el hombre lo supiera todo, ¿por qué orar? ¿Creemos en Dios, o en nuestro concepto idolátrico de la oración? Si creemos en Dios, entonces oraremos y calladamente esperaremos. El hombre necesita a Dios... no sus explicaciones. El pequeño cerebro del hombre no podría manejar la explicación. Dios nunca le explicó nada a Job —¡pero él vino! Job tenía necesidad de Dios —no de sus respuestas. Necesitamos a Dios. Dado que Dios es Dios, ¿será entonces asunto nuestro el saber cómo o por qué Dios contesta la oración? Dios no nos guía sin nuestro pensamiento, ni a pesar de nuestro pensamiento, sino, a través de nuestro pensamiento. Esta fue la observación que alguien hizo: “uno puede oír cintas grabadas, leer libros, ir a seminarios de oración; pero aprenderá a orar solamente, hasta que comience a orar”. No debemos filosofar nuestra entrada a la oración, ni nuestra salida de ella. Ore... ore... ore hasta que, sobre la base de las Escrituras, usted se convenza de que Dios le ha contestado sus oraciones.

EL HOMBRE POR LO GENERAL NO SABE LO QUE PIDE

¡Es mucho lo que nos perdemos por estar centrándonos en lo poco! Jesús regañó a Jacobo y a Juan. No obstante, léase Mateo 20.20–28 como si fuera la primera vez. La madre y los hijos vinieron a Jesús y le adoraron. Aún dando lo mejor de sí, ¡el hombre falla! Ninguno es perfecto. Ellos hicieron una petición. Nótese la respuesta de Jesús: “¿Qué quieres?” (Mateo 20.21). Jesús desea que le pidamos; quiere darnos a nosotros. No es erróneo venir ante Jesús, y pedir de él.

El regaño de Jesús es serio, incluso severo. “No sabéis lo que pedís” (v. 22a). Jesús rechazó la petición de ellos por dos razones básicas: 1) La petición de ellos le haría daño a ellos mismos y a otros, y 2) era doctrinalmente imposible. Dios le dio a Jesús una cruz —no un trono. ¡Los otros discípulos se indignaron por la petición de Jacobo y Juan! El responder “Sí” a lo que querían, podía haber “dividido la iglesia”. Muchas veces nuestras oraciones son mejor respondidas, cuando la respuesta es negativa. Tal fue el caso de ellos. Esta es la observación que alguien hizo: “Son más las lágrimas vertidas a causa de oraciones contestadas que las vertidas por las no contestadas”. Me ha tocado vivir lo suficiente como para agradecerle a Dios su “No”. Las oraciones egoístas, no meditadas, nos hacen daño. Nos hacen sonar como niños que quieren demasiados dulces.

Continúe leyendo el texto. Fue sacrificio lo que

se le ofreció a los hijos, no fue gloria. *El éxito de la oración no está en lo que obtenemos de Dios, sino, en lo que él obtiene de nosotros.* Esta observación es crucial para nuestras vidas de oración. La oración a Dios no está diseñada para hacernos sentir bien —está diseñada para mantenernos en la humildad. La oración no es nunca un sustituto del trabajo, ni del pensamiento, ni del estar velando, ni del sufrimiento, ni del dar. La oración es el fundamento de todos estos esfuerzos. ¡En la oración Dios hace posible que lo mejor de nosotros pueda salir!

Jacobo y Juan fueron apellidados “Hijos del trueno” por Jesús (Marcos 3.17). El tiempo y la madurez cambiaron la forma como eran conocidos. Jacobo fue el primer apóstol en ser martirizado. Juan se convirtió en el amado “apóstol del amor”. Siendo honestos, miramos con horror lo que alguna vez deseamos. Lo que alguna vez codiciamos resulta ahora repulsivo. La oración nos transforma porque nos madura.

DIOS SABE LO QUE VAMOS A PEDIR ANTES DE QUE LO PIDAMOS

Para creer en la oración, uno debe pensar profundamente, y ser honesto. Dios sabe lo que vamos a pedir antes de que lo pidamos. El escéptico, entonces, pregunta: “Por qué orar”. Simplemente, esta es toda la razón para la oración: “... porque vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad, antes que vosotros le pidáis” (Mateo 6.8, 32; Lucas 12.30). Jesús dijo que la oración es como niños haciéndose sumisos ante su padre (Mateo 7.11; Lucas 11.13). Muchos regalos no pueden ser dados por los padres, sino, hasta que sus hijos, de forma profunda y persistente, los busquen.

Recuérdelo, Jesús también dijo: “Pedid, buscad, llamad”. La oración no es magia religiosa automática. Son muchos los padres que les dan a sus hijos demasiadas cosas demasiado pronto. Cuando éstos llegan a adultos, están mal preparados para la vida real. Dios no es un “Santa Claus”. Los deseos irresponsables son dañinos cuando se conceden. La importunidad es profunda en la oración... no el infantilismo. El dar a un niño todo lo que quiere lo lleva al aburrimiento. No debemos orar para recibir aquello por lo cual no estamos dispuestos a trabajar. Son muchos los que hoy dan sin sacrificio, oran sin ayunar, y evangelizan sin derramar lágrimas. ¡Así no funciona! Una de las más grandes evaluaciones de la oración es lo que hagamos *después* de orar. La oración es disciplina.

Trágicamente, la mayoría de nosotros cree que Dios puede actuar sólo de una manera. La Biblia nos dice que algunas veces, ciertas situaciones

empeoran, antes de que puedan mejorar. Esta es la verdad de la cruz. Si no hay cruz, no hay corona. Puede que Dios, incluso, haga lo opuesto a lo que esperamos. Un principio fundamental de la fe es estar preparado para lo inesperado de Dios. ¿Se le puede confiar a Dios en la oscuridad? Dios puede dar sólo donde encuentra manos vacías y abiertas. Parece ser más fácil confiar en Dios en lo que concierne a la vida *eterna* que en lo que concierne a la vida *diaria*.

Hay otros, quienes con falsa humildad, no desean “molestar a Dios”. ¡Adelante! ¡Moléstelo! ¡A los padres les gusta que los molesten sus hijos! Los padres disfrutaban el mirar a sus hijos creciendo y madurando. No hay nada demasiado pequeño, ni demasiado grande, para Dios. Cualquier cosa que sea demasiado pequeña, como para orar por ella, es demasiado pequeña como para que sea una carga por la cual preocuparse. El creer que algo es demasiado grande para Dios es falta de fe.

¿PUEDE EL HOMBRE HACER QUE DIOS CAMBIE?

¿Puede el hombre hacer que el todopoderoso Dios cambie? ¡Qué privilegio tan sobrecogedor y tan sagrado! ¡Deseara tener mejores respuestas! ¿Puede un hombre finito, falible y lleno de defectos, hacer que cambie un Dios que es infalible? ¿Es absurda la idea? ¡Moisés lo hizo según Éxodo 32.14! ¡Ezequías lo hizo según 2 Reyes 20.1–6! Hay otros que han orado y ¡han recibido gloriosas respuestas! ¡La humildad de Dios! ¡El riesgo que Dios corre! ¡Qué gran Dios! Hay otros, como Jacobo y Juan en el texto que estamos estudiando, quienes no lo lograron. La idea misma, de que el hombre pudiera hacerle una sugerencia a Dios, ¡es increíble! No obstante,

la oración no es superstición. Dios no es, ni un mago, ni una compañía de seguros. Los padres sabios desean que sus hijos les hagan peticiones. Ellos acceden a las peticiones sabias, pero no les gusta ser manipulados. Dios abomina de los abalorios, los ídolos y de las peticiones infantiles. Dios no está en el negocio de las estatuas ni de los rosarios de cuentas.

La oración no es un debate. El hombre no puede convencer a Dios a que haga lo que está en contra de su voluntad. Dios no es desganado —él está dispuesto. No debemos tratar de hacer que Dios desista, sino, tratar nosotros de insistir. La oración no es el uso que hacemos de Dios, sino, el uso que Dios hace de nosotros. La idea misma de “probar a Dios” es una leve blasfemia, no intencional. El “usar” una amistad es “abusar de ella”.

DEBE TENERSE A OTROS EN CONSIDERACIÓN

Los otros apóstoles estaban indignados con Jacobo y Juan—esto puede significar que, sencillamente, ¡estaban disgustados por no haber pensado ellos antes en tal petición! Habrá alguno que ore pidiendo lluvia; mientras que otro estará orando porque brille el sol. Hay oraciones que se neutralizan unas a otras. La naturaleza (Dios) hace que llueva sobre los justos y los injustos. Dios no puede contradecirse a sí mismo. Con cerca de cinco mil millones de habitantes que hay en el mundo, ¡Dios tiene sus manos llenas!

Sí, ¡reconózcalo! Muchas oraciones son juveniles. ¡Son egoístas y erróneas! El texto que estamos estudiando, revela este hecho. Miramos a Jacobo y a Juan con indignación, luego les tenemos lástima, y por último nos causa risa. ¡Son iguales a nosotros! ¿Qué pensarían de nuestras oraciones? ■